



1 de agosto de 1880¹

**Cómo debemos edificar
sobre la piedra que es Jesucristo, que es la Iglesia
con el sacrificio de nosotras mismas**

Mis queridas hijas,

Sólo tengo unas palabras que deciros sobre la fiesta de hoy, sobre san Pedro, a quien honramos con este nombre, objeto de nuestra devoción, porque el Señor le dijo: *Tú eres Pedro, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*².

Como dijo uno de los Padres cuya homilía leímos en el Oficio, sólo hay una piedra, que es Jesucristo. Sobre nuestro Señor Jesucristo estamos edificados, todo está edificado. Nuestro Señor se dignó hacer de la Iglesia su cuerpo místico, de modo que unió a san Pedro a esta prerrogativa que hace de él también la piedra sobre la que edificamos. Construimos para la eternidad, y eso es lo que llamamos edificar: edificar al prójimo, edificar su salvación.

En cada una de nuestras acciones, construimos para la eternidad, porque creemos, porque nos apoyamos en la roca, en primer lugar, en esta piedra angular que es Jesucristo, y en esta roca que es la fe de la Iglesia. Pero, ¿cómo construimos? Esa es la segunda pregunta que debemos hacernos. Construimos por el sacrificio. San Pedro construyó con el sacrificio, con la renuncia. Nuestro Señor Jesucristo se lo había predicho: *Otro te ceñirá y te conducirá adonde no quieras ir*³. Después de su conversión, fue conducido adonde no quería ir. Todos los apóstoles construyeron también con el sacrificio.

¡Qué vida la de los apóstoles enviados por nuestro Señor Jesucristo hasta los confines de la tierra! ¡Qué vida la de Santo Tomás, por ejemplo, que viajó por todas las Indias, llegando probablemente hasta América y Japón! - Y vosotras sabéis lo difícil que era la comunicación en aquella época. ¡Qué vida la de san Pedro y san Pablo! Se entregaron por entero a la evangelización del mundo: fueron atados, despreciados, traicionados, encerrados en cárceles espantosas, de las que podemos hacernos a una idea visitando la cárcel de Mamertina, y acabaron siendo inmolados. Así, mediante el sacrificio, construyeron.

Pero no nos fijemos sólo en su sacrificio exterior, el sacrificio del sufrimiento, del aislamiento y de la persecución. Fijémonos sobre todo en el sacrificio interior. Ya no se trata de ellos: lo han dejado todo por Jesucristo. Ningún apóstol es ya una personalidad. Crean una iglesia y no se quedan allí. Empiezan una obra y no tienen el consuelo de terminarla. Dejan a sus familias, a sus familiares (San Pedro tenía algunos), por Jesucristo, se van a los confines de la tierra y no los vuelven a ver. No queda nada de ellos, ya no se habla de ellos, en sus palabras, en sus cartas.

¹ Fiesta de san Pedro *in vincula*.

² Mt 16, 18.

³ Jn 21, 18.

Si San Pablo se ve obligado a hablar de sí mismo en respuesta a las acusaciones de los judíos, se defiende, se disculpa, diciendo: *Soy un loco, un insensato por haber hablado así de mí mismo*⁴. Si se vio obligado a hablar bien de sí mismo, lo siguió con las cosas más humillantes. Está claro que los apóstoles no tenían en cuenta su personalidad ni su propia vida: lo único que les preocupaba era evangelizar, dar a conocer a Nuestro Señor Jesucristo.

Sabéis lo que dijo San Pablo cuando alguien vino a decirle que otros predicaban el nombre de Jesucristo para hacer dudar a los judíos y a los romanos de la verdad de sus palabras. Él respondió: «*Pero, ¿qué importa? Al fin y al cabo, hipócrita o sinceramente, Cristo es anunciado y esto me llena de alegría*»⁵.

Tenemos que reflexionar mucho sobre esto. Estamos construyendo sobre la piedra que es la Iglesia que, gracias a Dios, está entera en nuestras almas. No debemos construir con paja, con cosas que se lleva el viento: la estima de los hombres, el éxito, nuestras propias satisfacciones. Es absolutamente necesario construir con el sacrificio, el sacrificio que llega hasta lo más íntimo de nosotras mismas. Ésta, hermanas mías, es la obra de cada día, de cada época. Debemos, pues, buscar y ver qué hay todavía en nosotras de vana personalidad, pues debe ser odiada. Todo lo que está apegado al yo o al mí, todo lo que queda de mala personalidad en una forma u otra, todo eso debe ser destruido. Tengo consuelo o no lo tengo, me gusta lo que hago o no me gusta, tengo contrariedades, no gozo de la confianza y estima de mis superiores, etcétera.

Todos estos reflejos muestran personalidad⁶. Como existe un gran peligro de que este defecto se desarrolle a medida que envejecemos (lo vemos en la gente del mundo), debemos trabajar mucho para destruirlo. Lo que decimos y lo que hacemos no debe estar motivado por el deseo de aparentar, sino por el deseo de gloria y de servicio a nuestro Señor Jesucristo.

Estamos levantando un edificio, estamos construyendo una congregación religiosa. No hay ninguna de nosotras cuyas palabras, ejemplo y conducta no contribuyan a construir esta congregación religiosa. ¿Qué importa lo que haga cada una de vosotras? No está trabajando para sí misma, está manteniendo una congregación religiosa. Cuando la golondrina va a buscar la paja con la que hacer su nido, está trabajando para sí misma. Cuando el alma religiosa hace algo, no trabaja para sí misma, sino para Dios, para que las almas que vengan a esta congregación encuentren allí su santificación.

Este es uno de los puntos más prácticos, y al que debemos volver más constantemente para examinarnos. Por la mañana y por la noche, en nuestras palabras, en nuestros actos, en nuestras preocupaciones, en nuestros recreos, debemos buscar lo que en ellos ponemos de personal, y debemos esforzarnos por huir, por destruir todo lo que sea personal, esforzarnos por vivir siempre libres de nosotras mismas y de la tierra, por estar dispuestas a ir aquí o allá, a estar enfermas o a estar bien, a hacer siempre la misma cosa, el mismo trabajo, si es la voluntad de Dios.

El Padre Lacordaire decía: *La corona de la eternidad nunca cae más derecha del cielo que sobre una frente blanqueada en la humildad del trabajo duro*. Este es el camino seguro para construir bien. Es lo que hizo el Beato Rodríguez, hermano lego y portero de los jesuitas en Portugal. Construyó mucho, no sólo porque edificó, porque fue canonizado, sino porque sus conversaciones, sus oraciones, su celo dieron a luz (sin que él no hiciera nada más que rezar y amar a Dios) una serie de obreros evangélicos en la Compañía de Jesús. Se piensa que el Beato Padre Claver sacó su celo, su humildad, su espíritu de mortificación y de oración, de los ejemplos de este pobre hermano laico, que no hacía discursos ni sermones, sino que construía en silencio.

Esta será mi recomendación de hoy, hermanas mías. Siempre que celebréis una fiesta de San Pedro, acordaos de construir sobre la piedra mediante el sacrificio. Después de la Resurrección, San Pedro se entregó por entero al servicio de Nuestro Señor. Él, tan vivo, tan afectuoso, que no podía prescindir de la presencia del Maestro, que siempre estaba dispuesto a servirle, sale ahora

⁴ Cf. 2 Cor 12.

⁵ Cf. Fil 1,18.

⁶ “Personalidad”: palabra empleada por madre María Eugenia en un sentido peyorativo

por el mundo, sin buscar otro consuelo que el de glorificarlo; y fue así esta *piedra* sobre la que debemos edificar, imitando el ejemplo de los apóstoles.

nm

NM